

dos se muestran los hombres de la *moderacion*, particularmente los señores generales avezados á restablecer el imperio de la ley ametrallando á las masas populares.

Aun nos falta mucho que relatar de los tristes sucesos del 19 de julio; pero antes de volver á la sangrienta lucha, veamos lo que pasa durante estos criticos y azarosos momentos en el palacio de la marquesa de Bellaflor, á donde el hermano de María, el simpático jóven Manuel habia conducido su lindísima esposa, para poder él acudir á donde la libertad en peligro reclamaba la presencia de los valientes madrileños.



CAPITULO XL.

MARIA Y CAROLINA.

Carolina, la bella y jóven esposa de Manuel Godinez, bendecia el momento en que habia tomado la resolucion de pasar aquellas azarasas horas de fraticida lucha, en compañía de la marquesa de Bellaflor, y esta mujer celestial sentia tambien dulce consuelo en tener á su lado á la única persona capaz de suplir la falta de su hermana Rosa, que no habia querido separarse de su esposo don Antonio de Aguilar, el cual como facultativo prestaba grandes servicios á la humanidad doliente en uno de los hospitales de sangre que á la sazón se establecieron en Madrid.

Rosa y una linda jóven HERMANA DE LA CARIDAD se ocupaban sin descanso en las muchas faenas propias del bello sexo que la urgencia reclamaba para la curacion de los heridos, y cuando otra cosa no lo impedia, hacian hilas y preparaban vendajes en abundancia, por manera que ni un solo momento les quedaba libre, y ambas se afanaban con tan buena voluntad en aquellas labores, co-

mo si fuesen dos ángeles que hubiese enviado el cielo para restringir la sangre que la obstinacion de los déspotas se holgaba en dejar correr á raudales.

Rosa y la hermana de la caridad habian simpatizado de tal modo, que hacia pocas horas que se conocian y se amaban ya con fraternal ternura.

Su cariño recíproco solo puede compararse con el que se profesaban María y Carolina.

—Vamos, Carolina, alégrate un poco —decia á su cuñada la marquesa de Bellaflor con su natural dulzura; —ya ves que la Providencia no ha despreciado nuestras fervorosas plegarias... podemos decir que nuestros votos están cumplidos.

—Verdad es que la Providencia no nos abandona; pero mis votos no estarán cumplidos hasta que estreche á Manuel en mis brazos.

—Poco á poco, hija mia, no se hizo Zamora en una hora; y ambas debemos estar muy satisfechas del estado en que se hallan las cosas. ¿Qué mas podriamos apetecer? Parece que las hostilidades han cesado, que el triunfo del pueblo es indudable, y que por consiguiente ha desaparecido el peligro que lo mismo amenazaba á Manuel que á mi padre, á mi querido Enrique y á Tomás.

—¿De veras no hay peligro alguno?

—¿Puedes dudarlo? Sabemos que no tenemos que lamentar desgracia alguna en ninguno de nuestros parientes. Además tengo esperanzas de abrazar en breve á mi Luis, porque tambien O'Donnell regresa triunfante á Madrid, y con él vendrá mi esposo.

—Muchos deseos tendrás de verle.

—Ya puedes figurártelo por lo que pasa en tu corazon. Si tú, que no hace mas que veinticuatro horas que estás separada de tu

marido te hallas tan angustiada, ¿cómo estaré yo ausente de un esposo á quien idolatro, de cuyas caricias hace ya seis años me veo privada por la abominable tiranía que le arrancó de mis brazos. El triunfo de la libertad le vuelve á ellos. Mi dicha vá siempre unida á la salvacion de mi patria y esto aumenta mi júbilo y duplica mi satisfaccion. Solo tengo una pena que hace incompleto mi gozo.

—¿Tú una pena, querida mia?

—Un triste recuerdo, que me aflige mucho.

—¿Y por qué ha de afligirte nada?

—Porque es condicion precisa de nuestra frágil naturaleza. Carolina, en este mundo no puede haber nunca un placer completo. Nuestra miserable vida es el preludio de la muerte; pero un preludio brevísimo y tan despreciable, que nuestras mayores dichas vienen siempre á rociarse con el lloro de la amargura.

—¡Válgame Dios! ¿Y por qué me hablas ahora de ese modo? Hace un momento que me ponderabas tu felicidad y la mia... ¡Oh! yo no puedo ser feliz si tú no lo eres.

—Sí, Carolina —dijo la marquesa abrazando á su cuñada —soy feliz; pero lo seria mucho mas si viviera mi madre.

—No debo desaprobarte un recuerdo tan propio de una alma generosa; pero ya que te acuerdas de tu buena madre ¿por qué no ha de ser para considerar que es mas feliz que nosotras? ¿Por qué no ha de llenar tu corazon de consuelo el pensar que este mismo triunfo de los liberales deja enteramente satisfechos los fervientes votos que, segun me has referido varias veces, hizo á Dios en los solemnes momentos de su agonía?

—Tienes razon, todo su afan era pedir á Dios el castigo de los verdugos de su esposo, y nos encarecia á todos la obligacion en que estábamos de salvarle.

—Pues bien, tu padre se salvó entonces, y han triunfado ahora sus principios políticos... Tú misma acabas de decírmelo.... ha triunfado la causa del pueblo, que es la nuestra, sin que tengamos que lamentar desgracia alguna en nuestros mas queridos objetos... Los votos de tu madre se han cumplido, de consiguiente bajo ningun aspecto veo motivos de afliccion para tí.

—Dices bien, Carolina.... yo que he empezado censurando tu afliccion, debia darte ejemplo de cordura mostrándome satisfecha de la proteccion que Dios nos ha dispensado en las azarasas circunstancias que acabamos de atravesar. No hace muchas horas que oiamos resonar el estampido del cañon y las descargas que habrán llevado el luto y la consternacion á muchas familias de Madrid. Pero ese peligro ha cesado, gracias á Dios, y un silencio consolador ha sucedido al bélico estruendo de las armas.

Era al amanecer del 19 cuando la marquesa de Bellaflor dirigia las precedentes palabras á Carolina, poco antes de que la fratricida lucha volviese á empeñarse de nuevo.

—Efectivamente —respondió Carolina — parece extraño el sosiego que reina en Madrid; pero ¿creerás, hermana mia, que este sosiego, no interrumpido en toda la noche, me ha causado el mismo pavor que el incesante fuego de las descargas?

—Buena diferencia vá —esclamó la marquesa sonriéndose— el silencio no mata como las balas que exhalan tales detonaciones.

—; Pero suelen fraguarse tan horribles tramas en el silencio de la noche!... Me parecia un silencio fatídico, precursor de graves acontecimientos.

—Desecha vanos temores; el poder caido no está ya en disposicion de fraguar mas planes que los de su fuga, y no sé yo como podrá librarse de la justa ira del pueblo.

—¿Y estás convencida de que es indudable el triunfo de los pronunciados?

—¿Qué desconfiada eres, hija mia!

—¿Pues por qué no se retiran los combatientes? Habiendo ganado ¿qué tienen que hacer ya fuera de sus casas?

—Estarán ahora arreglando la capitulacion, y es probable que nadie suelte las armas hasta que se establezca un nuevo gobierno.

—Pero ya no debe ser tan urgente la presencia de todos en las barricadas, que no puedan los que las defienden hacer alguna visita á sus familias.

—Tranquilízate, hoy verás á tu Manuel.

—¿De veras? ¿Cómo lo sabes?

—Lo presumo, y tambien confio abrazar á mi padre y á mi travieso Enrique.

—¿Te lo han dicho de su parte?

—Todas las noticias que de ellos he recibido, las sabes tú lo mismo que yo.

—Es verdad, las hemos recibido juntas; pero se reducen á que están buenos y que cuentan con un triunfo segurísimo.

—¿Y te parece eso poco?

—Ya se vé que sí. ¿Por qué no habian de traernos ellos mismos esas noticias?

—No habrán podido abandonar sus puestos.

—Pero hubieran podido mandarnos á decir que vendrán á vernos tan pronto como les sea dable.

—¿Y para qué habian de decir una cosa que ya debemos suponer?

—Pues mira, toda vez que ha cesado el peligro, iremos nosotras á buscarles ¿no te parece bien?

- ¿Has olvidado que nos lo tienen prohibido?
- Por eso he dicho *ahora que el peligro ha cesado*, pues ya sé que se enojarian si nos aventurásemos á correr algun riesgo. Además, cuando ellos se esponen sin guardarnos consideracion alguna, no tienen derecho á exigir de nosotras semejante precaucion. Es preciso que vayamos á encontrarles.
- Siento mucho, querida mia, que se te haya ocurrido ahora ese pensamiento.
- ¿Serias capaz de desaprobarme? ¿No te parece justo mi deseo?
- Muy justo, muy natural.
- ¿Pues por qué te opones á él?
- ¿Oponerme yo á una pretension tan halagüeña? De ningun modo.
- Entonces ¿por qué sientes que se me haya ocurrido esta idea?
- Porque antes se me habia ocurrido á mí, y queria sorprenderte de un modo agradable.
- ¿De veras?
- Quería decirte cuando menos lo pensaras: Carolina, ponte la mantilla y vamos á ver á Manuel.
- ¡Qué buena eres! —esclamó radiante de júbilo Carolina, y echó á correr.
- ¿A dónde vas, hija mia?
- Voy á ponerme la mantilla.
- Despacio, hija mia, despacio; todavía es muy temprano.
- ¿Y qué importa?
- Es preciso que aguardemos á que esté mas adelantado el dia... Que sepamos de un modo positivo el verdadero estado de Madrid... Yo te prometo que como no haya algun inconveniente po-

- deroso, iremos á ver á tu Manuel, á mi padre, y á Enrique y Tomás.
- Mucha es mi impaciencia; pero nunca me separaré yo de tus deseos.
- ¿Y estás contenta ahora?
- ¡Oh! sí, muy contenta... La idea de que ya no he de tardar en ver á mi Manuel, hace palpitar mi corazon de alegría.
- Comprendo esa dulce emocion... Ya la he sentido mil veces, y el dia que vuelva á estrechar en mis brazos á mi adorado Luis, me volveré loca de gozo.
- ¡Cuánto deseo conocerle! Todos ponderan su arrogante figura, sus finos modales, su elegancia, su amabilidad... Qué te parece á tí, María, ¿hay exageracion en los elogios que le prodigan?
- Dime tú antes —repuso María sonriéndose— si se prodiganen todos esos mismos elogios á tu Manuel, ¿te parecerian exagerados?
- No por cierto —respondió Carolina sin titubear— porque no hay en el mundo otro hombre que valga tanto como mi Manuel.
- Y yo estoy en la inteligencia de que no hay en el mundo otro hombre que valga tanto como mi Luis. Ya ves, es preciso que una de las dos se equivoque.
- ¿Con que tanto merecé tu Luis?
- En esa inteligencia he estado yo siempre.
- ¿Y tiene bonitas facciones?
- Tú misma lo decidirás.
- Y abriendo el medallon que llevaba pendiente del cuello, enseñó la marquesa el retrato de su esposo á su cuñada.
- ¡Ay qué joven! —esclamó con agradable asombro Carolina, escudriñando con ávidez todos los detalles de la miniatura.

—Es en lo único en que está ahora algo defectuoso el retrato, porque le pintaron cuando se hallaba mi marido en la aurora de su juventud.

—¡Y qué cabellos tan rubios!... Los ojos son sumamente expresivos á pesar de ser tan azules... los lábios muy agraciados... Hay en ellos cierta sonrisa tan...

—Vamos, vamos, niña—objetó María llena de orgullo—modera esos extremos... Si tu marido se hallára presente, no tendría mucho placer en oírte.

—Y él que es tan celoso.... ¡Dios me libre!... Cierra, cierra el retrato; pero ahora que Manuel no lo oye, bien podré darte el parabien. Veo que no se equivocan en los elogios que hacen de la belleza de tu Luis. ¡Y cómo se parece á Enrique! Deberás quererle mucho ¿no es verdad?

—Le idolatro.

—Y supongo que él corresponderá dignamente á tu amor.

—De una manera que me llena de orgullo y colma mi felicidad.

—Siendo así no concibo cómo podeis vivir el uno lejos del otro. Si me separasen de mi Manuel, me moriría de dolor.

—Si matára el dolor, hace largos años que yo no existiría. Verdad es que el dolor emponzoña la existencia; pero es un veneno que obra lentamente, y aunque no mate de pronto, nos envejece antes de tiempo.

—¡Qué me dices, María! ¿tan desdichada has sido?

—Contempla mis facciones ajadas, mis ojos sin espresion, mi cabeza encanecida antes de tiempo, y comprenderás fácilmente los sinsabores que han amargado mis dias.

—¿Es posible? En medio de la opulencia, rodeada de parien-

tes que se esmeran á porfía por darte pruebas de acendrado cariño, bendecida sin cesar de los desvalidos á quienes socorre tu mano benéfica, objeto predilecto del amor de tu padre y de tu marido, de continuo halagada por las tiernas caricias de tus hijos, con la conciencia tranquila por el cumplimiento de tus deberes, envidiada por tu hermosura, aplaudida por tus talentos, respetada por tus virtudes... ¿qué mas se puede desear en este mundo para ser feliz?

—Eres muy niña aun, Carolina, para conocer el mundo. La opulencia que me ha rodeado desde el momento en que un mortal generoso, hijo de una de las familias mas nobles de Madrid, tuvo orgullo en elegirme por esposa... á mí, hija de un pobre jornalero... de un infeliz albañil que se hallaba sin trabajo, y de una madre ciega... á mí que oía sin cesar el lloro que arrancaba el hambre á mis inocentes hermanitos... esa opulencia por la que todos se afanan y que tan deslumbradora habia de serme en pos de todo linage de privaciones.... esa opulencia en la que juzga el vulgo que está la suprema dicha, no ha podido evitar los infortunios que han lacerado continuamente mi alma. El bien mas grato que me ha proporcionado la riqueza, ha sido el placer de socorrer á los menesterosos, placer verdaderamente consolador; pero me ha descubierto tantas iniquidades, me ha hecho ver tantas ingratitudes y desengaños!... Y sobre todo, es tan ineficaz para cicatrizar las heridas del corazon, que solo entes corrompidos, avezados á cifrar su dicha en el materialismo de ciertos goces inmorales, goces engañosos que ellos califican de positivos, son capaces de afanarse por amontonar tesoros que jamás satisfacen la ardiente sed de su codicia. Me has dicho tambien que he sido envidiada por mi belleza. Tú que aun eres muy jóven y tambien hermosa, Carolina, es preciso que vivas muy alerta contra todo género de seduccion.

— ¡María! — exclamó ruborizada la cándida esposa.

— No trato de poner en duda tu virtud, querida mía; estoy cierta que no has de faltar nunca en lo mas mínimo á la fé que ante los altares de la Divinidad juraste á tu marido. En el corazon de una mujer honrada y discreta no cabe mas que un amor; pero esa misma lealtad, esa misma virtud, esa honradez invencible exacerba á veces pasiones innobles, y cuando la torpe seducción se mira desairada, convierte su cínico amor en odio y urde infernales intrigas para dar tortura á la belleza que es el blanco de sus venganzas.

— ¿Y te ha pasado á tí eso, hermana mía?

— Sí, Carolina, un hombre execrable emponzoñó con sus sacrilegos amores los primeros años de mi juventud; ya ves como no siempre la belleza hace la felicidad de una mujer.

— ¡Pobre María! ¿Y te libraste por fin de las asechanzas de ese hombre?

— El cielo me libertó de él.

— ¡El cielo!

— Sí, hija mía... murió como mueren los criminales... arcabuceado.

— ¡Arcabuceado!... Seria muy mal hombre... Sin duda alguno de esos libertinos que tanto abundan en la pervertida sociedad de ahora... alguno de esos jóvenes insolentes que hacen gala de su irreligion... que jamás entran en el templo de Dios... ni oyen nunca la consoladora palabra de sus ministros...

— Horrorízate, Carolina...

— ¡Dios mio! ¿qué vas á decirme?

— ¿Tienes curiosidad de saber quién era mi seductor?

— Sí por cierto.

— Pues era un ministro del altar.

— ¡Un ministro del altar!

— Sí, querida mía, un fraile de San Francisco.

— Por eso dice mamá que los frailes eran muy malos. ¿Y por qué le arcabucearon?

— Se descubrió cierta conspiracion en sentido carlista, y fué fusilado, segun supe después, el mismo dia que me casé con Luis.

— ¡Qué casualidad! Y desde entonces habrás sido muy dichosa.

— No siempre, Carolina.

— ¡Válgame Dios! ¿Por qué causa?

— Es muy larga de contar mi historia.

— Sin embargo, tiene para mí tanto interés todo lo que te concierne, que desearia me la relatases, si no lo impide alguna circunstancia secreta.

— Yo no tengo secretos para tí, hija mía, y te relataré con mucho gusto los principales sucesos que han labrado alternativamente mis dichas y mis infortunios. Acaso podrán servirte de saludable leccion. Vamos al comedor á tomar el té, y satisfaré cumplidamente tus deseos.

